



*Mas que a nada
en el mundo*

Nymphie Knox

Más que a nada en el mundo

Nimphie Knox

Más que a nada en el mundo

-8

El Gran Incidente, como solía llamarle Gustav Leighton, había sucedido una noche de verano cuando a Erik Meyer se le escapó de casa su primera mascota: un gato escuálido y lleno de pulgas, de color gris y con la cola pelada. El animal estuvo subido a un árbol durante toda la noche, maullando por no poder bajar. Erik, por su parte, acampó allí mismo a la espera de que algún alma compasiva se apiadara de su gato y de sus mocos. Gustav, nuevo en el vecindario, sólo había visto al niño un par de veces. Era la cabeza rubia que se asomaba por encima de los arbustos del jardín, las medias pequeñitas que colgaban a secar en la ventana, o los llantos desesperados que estallaban cuando aquella señorita de pocos escrúpulos y mucho escote lo encerraba en alguna habitación de la casa.

A Gustav siempre le había causado lástima. Esa noche, al oír la serenata del llanto y los maullidos, lo vio por primera vez. Era paliducho y nada bonito, con unos ojos medio grises o medio verdes que le recordaron al vasito del agua sucia donde su hermano enjuagaba los pinceles cuando era niño. Tenía la nariz respingona como el tobogán del parque y salpicada de motitas color té con leche. Sin embargo, el cabello era lindo: castaño y ondulado.

—Eeh, ¿qué pasa? —Le preguntó Gustav. Erik levantó su cabeza llena de rizos. Los lagrimones le inundaban la carita de ratón y cuando abrió la boca para explicar entre sollozos el asunto del gato, apreció que necesitaba aparatos de ortodoncia con urgencia.

Gustav se subió a una escalera y, agarrándolo del pellejo fofo, bajó el gato. Era un bicho con cara hambre, la cabeza enorme y el cuerpo pequeño. Todavía era cachorro. Como Erik. Observándolo a la luz de las farolas, vio que el animal estaba apestado de pulgas. Con un mohín, lo soltó entre las agradecidas manos de su dueño. El chico lo abrazó, le besó la panza peludita y se lo metió en el bolsillo del sweater. Entonces se secó la nariz con el dorso de la mano, se limpió esa misma mano en las rodillas del pantalón y, acercándose a Gustav, le rodeó la cintura con los brazos...

—¡Gracias, señor!

Esa noche habían comenzado los problemas.

-7,98

«De tal palo, tal astilla», solía decir la madre de Gustav cuando miraba los hijos ajenos. En eso él le daba la razón. Con el paso de los años había podido conocer más a aquella señorita de tacos altos que salía muy temprano en la mañana y llegaba demasiado tarde en la noche. La madre de Erik era su madre, eso no podía dudarlo. Tenían el mismo pelo rubio oscuro y las mismas pecas en la nariz. Tal vez, solía pensar Gustav, si el chico hubiese nacido parecido al padre, lo podría haber identificado entre todo el grupo de hombres que desfilaban por la pasarela de aquella mujer.

El catorce de febrero de sus veintitrés años Gustav llevó a casa su primer «novio de verdad», un chico con el que compartía un par de asignaturas en la universidad de ciencias exactas. Fue una noche en que sus padres tenían un congreso de cardiología fuera de la ciudad, meses antes de que se mudaran al centro. Una luna llena indigestada brillaba como la bola de cristal de una adivina y el calor soplaba un viento tibio para despertar a los mosquitos. El Novio se había agarrado el pedo de su vida. Tomando sólo vodka con Fanta, el vómito había salido de color naranja.

—Llévame a tu casa, hijo de médicos –balbuceó el Novio, agarrándole de la chapita que le colgaba del bolsillo trasero. Gustav lanzó una risotada.

—¡Pensé que me dirías «hijo de puta»!

Cuando llegaron al edificio, por obra esos milagros que sólo les suceden a los borrachos y a los católicos, se habían caído en el jardín justo antes de entrar a la casa, como un castillo de naipes donde una carta empuja a la otra.

—¡Hijo de...!

¿Putas?

La luz de la casa de la puta, es decir, de la casa de Erik, porque la madre de Erik era eso, una puta... estaba encendida. El Novio trepó por sus piernas y se apeó de su cinturón. A Gustav la escena le hizo acordar a las aerosillas de los parques de diversiones, donde tenía que aferrarse

con fuerza a un caño para no vomitar el desayuno o el almuerzo o la cena o los cinco vasos de vodka con Fanta...

Erik estaba despierto. Sabía lo que estaba pasando en la habitación de al lado, porque escuchaba música. Cuando su mamá se encerraba con la música a todo volumen, en esa habitación solían suceder cosas. Hacía un mes había visto en la tele como una parejita adolescente se encerraba en un armario y se abrazaba muy fuerte. Cuando le preguntó a su madre qué estaba haciendo la parejita, ella se había empezado a reír como un loro... Bueno, Erik pensó que si los loros podían reírse, de seguro lo hacían como su madre.

—Van a follar —exclamó ella, reprimiendo un eructo fragante a espuma de cerveza—. El chico le quitará toda la ropa y le mostrará el paraíso. —El único paraíso que conocía Erik era la tienda de plantas de la esquina. Y en la película no salía ninguna tienda de plantas...

Erik sabía que en la habitación de al lado no había plantas ni tampoco había flores, pero sí había un armario. La música debía ser para dar ambiente, para ponerlos al tono. A su madre y a... ¿David? ¿Ben? ¿Mark? Si tenía bigote, era Mark. Pero no, no recordaba que tuviera bigote... entonces era Ben. Pero no... porque este era moreno y Ben era castaño. Debía de ser David... pero David se había rapado la cabeza la semana pasada. Bueno, al diablo. David o Ben o Mark había llegado hacía media hora, en una moto gigantesca como un mamut que rebuznaba como una bestia hambrienta. Apenas entró en la casa, abrió el refrigerador y sacó una botella de cerveza. David o Ben o Mark llamó a su madre «gatita», dijo algo acerca del «susodicho»... y entonces ella agarró a Erik de la camiseta de la Barbie en Fairytopia y lo metió a su dormitorio de un empujón, diciéndole que hiciera los deberes, corazoncito.

—¡Pero estamos en vacaciones!

Erik estaba harto de pasarse los fines de semana encerrado. Llegaba a un punto en que se cansaba de dormir y el hambre le ganaba al sueño. A veces su madre se olvidaba de abrirle la puerta y lo dejaba allí hasta el lunes por la mañana. Entonces le pedía disculpas de todos los modos imaginables, le compraba un chocolate de cincuenta centavos, le llamaba «mi bebito» y le prometía que jamás volvería a pasar...

Pero Erik sabía que sí volvería a pasar. De hecho, Erik ya sabía muchas cosas. Sabía que «el paraíso» no era más que una metáfora idiota para referirse al sexo, sabía que su madre ponía la música para que no se oyera el escándalo y sabía que el hombre del mes pasado estaba para comérselo... Era un tipo alto y con el pelo oscuro medio rizado, que vestía las mismas camisas de los modelos de las revistas, fumaba los cigarrillos de las propagandas de televisión y solía decir «permiso», «por favor» y «gracias». Se llamaba Lucas y siempre llegaba con un libro bajo el brazo. Cuando vio el libro, Erik estuvo seguro de que no duraría más de tres semanas...

Suspirando porque jamás volvería a ver al buen Lucas, apoyó los brazos en la ventana y sumergió los ojos en la tibia y lejana oscuridad del jardín.

-7,92

Un mes después del Gran Incidente, Gustav encontró a Erik llorando en el patio con el gato en brazos. Tenía que regalarlo, le dijo. Su mamá no le quería comprar la comida ni las piedritas para que hiciera pis. Ya hacía una semana que lo alimentaba con huevos duros y arroz. Su madre se había dado cuenta y le había dado tal bofetada que Erik pensó que en cualquier momento se le saldría la cabeza y saldría rodando.

—¿Lo quieres? —le preguntó alzando al gato, mostrándoselo. Gustav lo miró. El animal parecía estar enfermo o bien de muy mal humor. Tenía la barriga hinchada como una pelota de tenis y de los párpados le colgaba una sustancia viscosa y medio amarillenta. Miró a Erik. Tenía las cejas fruncidas en un ángulo de treinta grados y los ojos aguados como una ventana empañada. La boca era un puchero lastimero por donde se asomaban los dientes torcidas...

Gustav suspiró. Sacando un cigarrillo de la caja, lo prendió con el encendedor que se había comprado esa mañana en el tren y se sentó junto al chico en la banca del jardín.

—¿Cómo se llama? —quiso saber, acariciándole la cabeza al desafortunado gato.

—Michi.

—¿Y Michi es nene o nena? —Erik puso al gato sobre su regazo, lo extendió en todo su largo y le abrió las patas como a una tijera.

—Nene —dijo, señalando el bulto peludo que tenía centímetros arriba (o abajo) de la cola. Gustav se rió y le dijo que no le hiciera eso, que lo estaba avergonzando frente a un extraño. A Erik se le pusieron las mejillas coloradas, agarró al gato, le besó la panza y le pidió perdón por haberlo avergonzado. En ese momento se oyó un portazo y la cabeza rubia de la madre se asomó jardín afuera. Le gritó que tirara a ese animal inmundito a la mierda y que entrara a la casa, carajo, que ya era tarde. El niño bajó la cabeza y tembló. Un sollozo hueco le salió del pecho.

Con un nudo en la garganta, Gustav agarró el gato, le dio una palmada en la espalda a Erik y le dijo que podría visitarlo cuando quisiera.

-4

Erik se había tomado muy en serio aquel «cuando quisiera». De repente tenía muchas ganas de visitar al vecino Gus. Las ganas le entraban en medio de la clase de plástica, en la mitad de la noche y, por sobre todas las cosas, cuando lo encerraban en el dormitorio...

Hasta los once años había soportado comer las sobras, vestir ropa usada, pedir prestados los útiles escolares y que se le hiciera agua la boca cuando pasaba por la tienda de golosinas que estaba al lado del paraíso. Es decir, de la tienda de plantas. Y fue un ángel de ese paraíso quien le entregó la salvación, hecha un montoncito de billetes de cinco pesos.

En realidad, de ángel tenía bien poco. Era la dueña del vivero, tenía casi ochenta años y se apoyaba sobre un bastón para poder regar los rosales. Cuando Erik la vio, le ofreció ayuda... y entonces la vieja le dio una manguera, una regadera, un delantal mugriento y le dijo que quería todo terminado para las siete de la tarde y que ni se le ocurriera robarle nada. Se encogió de hombros. Si le llevaba una planta a su madre de seguro acabaría fumándosela junto a los golfos de sus amigos, de sus amigas, y junto a uno más que Erik no sabía si era amigo o amiga, porque a pesar de tener cuerpo de amiga, tenía voz de amigo...

Doña Angélica, si podía permitírsele el nombre, le pagó su primer sueldo una calurosa tarde de diciembre bajo un sol de mil quilates que le había hecho transpirar como a un buey. Con la camiseta pegada a la espalda, Erik corrió hacia la heladería del barrio... y se escondió detrás de un árbol cuando vio allí al vecino Gus, en compañía de un desconocido que le habría parecido guapo sin todos aquellos granos. Y Erik abrió mucho los ojos y abrió aún más la boca cuando el chico de los granos miró hacia los costados, metió un dedo en la crema americana y se lo acercó a Gus a los labios, quien lo chupó hasta dejarlo completamente limpio. Erik entornó los ojos. No, no había tetas. Era un chico.

Erik tenía serias dudas con respecto al sexo femenino. Su libido se había quedado con Lucas, su primer amor platónico del libro bajo el brazo. Con el paso de los años su rostro se había ido difuminando, como barrido por el viento. A veces, cuando su madre estaba con un hombre en la habitación de al lado, Erik cerraba los ojos y se acordaba de Lucas...

Gustav y Danny, el chico del acné, dejaron de verse semanas después de que Erik cumpliera los trece. La relación se había ido apagando, se había vuelto monótona y aburrida. Gustav se dio cuenta de que lo único que hacían bien juntos era follar. Y veces ni eso. Se sorprendió bastante al notar que no le dolía demasiado la ruptura.

¿Podían seguir siendo amigos, no?

A Gustav no le gustaba la idea, de modo que su respuesta había sido un silencio obtuso. No podía imaginarse para qué podrían verse si no era para decirse tres palabras y aterrizar en la cama.

—¿Cómo está Michi, Gus? —preguntó Erik, que se había mostrado demasiado sonriente los últimos meses. Puso una maceta junto a la puerta, para que no se cerrara, y se sentó junto a él en la vieja banca de piedra. Michi ya era todo un hombre, todo un señor gato, le dijo. Pesaba cinco kilos y estaba pensando en conseguirse una novia. Erik se rió y se estiró, alargando los brazos. La camiseta se le levantó, dejando ver un vientre blanco, plano y suave—. Ah. ¿Tú tienes novia, Gus?

—No —negó él, tragándose el humo del cigarrillo.

—¿Novio? —Gustav se ahogó con el humo y se volteó hacia Erik, perplejo.

—Tampoco...

—¿Ah, terminaron? —Las cejas rubias de Erik formaban dos arcos perfectos sobre sus ojos de malaquita pulida. Gustav no se lo podía creer.

—Me voy. Tengo que corregir exámenes —mintió. Ya enseñaba álgebra en una universidad y faltaba un mes para los parciales. También formaba parte del Departamento de Ciencias Exactas de una escuela secundaria bilingüe.

—Gus... —se dio la vuelta. Erik lo miraba con una sonrisita pícaro y los brazos cruzados sobre el pecho—. ¿Me dejas ver a Michi?

«Excusa», pensó, contrariado, mirándolo a los ojos. Pero había algo diferente en esos ojos, algo que había cambiado. Tal vez fuese el color. Tal vez los ojos de Erik fueran de esos que se camuflaban con el cielo...

Gustav abrió la puerta. El chico entró, se quitó las zapatillas descascaradas y se sentó a su lado en el sofá.

—¿Estás enojado? —preguntó, inclinándose hacia él. Gustav apagó el cigarrillo en el cenicero.

—No —contestó, frunciendo el ceño—. ¿Ya empezaste las clases?

Sí. Había comenzado el primer año de la secundaria en la escuela pública y... ya odiaba a la profesora de matemáticas. Explicaba demasiado rápido, escupía cuando hablaba y tenía una letra (o unos números) horrible. Si tan sólo tuviese alguien que le explicara bien y bonito todo eso de los senos...

Anda, que Gustav no era idiota. ¿Qué pasaba ahí? ¿Qué se traía entre manos ese chico? Erik se estiró a lo largo del sofá y apoyó la cabeza sobre sus rodillas. Él le pellizcó las mejillas hasta que chilló como un gatito y le dijo que prestara atención en clase.

-2,36

La anciana dueña del paraíso murió un frío martes de agosto. Ese miércoles, cuando Erik se presentó a trabajar, halló la tienda a oscuras con un cartel que decía «cerrado por duelo». Ahora su ángel se había ido al cielo... o al infierno, que al fin de cuentas era lo mismo. Erik lloró dos semanas seguidas en el regazo de Gustav, llenándole los *jeans* de lágrimas y mocos, hasta que en el mercado chino que estaba frente a la escuela lo contrataron para atender la caja.

El sueldo era casi el triple, lo mismo que las horas de trabajo. Lo bueno: le daban el almuerzo. Y además, el chico que vigilaba las cámaras de seguridad estaba buenísimo. Se llamaba Liu y debía de rondar los veintipocos. Al primer mes de trabajo, Erik ya había recibido un par de propuestas indecentes que habría aceptado si hubiese entendido la hora y el lugar. Liu apenas sabía decir «hola», «puta madre» y «no hablo español, lo siento; cambio y fuera».

Erik echaba chispas. Cuando al fin pareció que su fantasía se haría realidad (una noche en que el chico le dio a entender con gestos que lo esperaba a la salida, cambio y fuera) cayó la inspección municipal y clausuró el mercado por falta de higiene. Qué vergüenza. Erik no podía esperar a que lo limpiaran, de manera que nuevamente se buscó otro trabajo. Un gótico lleno de cruces, con una camiseta de Marilyn Manson y las uñas pintadas de negro lo salvó de morir desnudo y hambriento. Se llama Nelson, tenía veintiuno, era bisexual y trabajaba en el cybercafé de su tío.

-1

El empleo le vino como anillo al dedo. Nelson estaba un poco bueno, un poco caliente y un poco sucio, pero Erik tenía ya quince años y no le hacía asco a nada. En el cybercafé le pagarían cincuenta billetes las seis horas, que tendría repartidas en todos los días de la semana, domingos incluidos.

Con el primer sueldo se compró un reproductor de *mp4* genérico y unos pantalones ajustados. Esa noche, cuando llegó su reemplazante, corrió hasta su casa con el *mp4* bien guardado en el bolsillo del *jean* y tocó el timbre de su vecino favorito.

Gustav estaba corrigiendo exámenes. Dos timbrazos seguidos, el último más prolongado que el primero, eran heraldos de que Erik quería ver a Michi. Suspiró, debatiéndose entre abrirle o no. Si lo hacía, tendría que enfrentarse a eso otra vez. Al permanente, inconsciente y pueril acoso de ese chico en plena adolescencia...

—*Giuchie, Giuchie, ya ya, dada!* —Erik canturreaba con los auriculares en las orejas y los ojos cerrados. Gustav tuvo ganas de cerrarle la puerta en la cara. Erik abrió los ojos—. Hola —exclamó, quitándose los auriculares de un tirón. Los ojos de gato le brillaban bajo el aleteo de las pestañas larguísimas y la sonrisa se le salía del rostro. Gustav sintió que el antiguo nudo de la garganta se le apretaba más. No, no le cerraría la puerta en la cara, claro que no. Lo haría pasar. Le daría de cenar si todavía no había comido. Le enseñaría geometría si al otro día tenía examen. Le dejaría dormir allí si su madre ya le había puesto el pasador a la puerta. ¿Qué clase de madre dejaba que su hijo de quince años trabajase hasta la medianoche?

—¿Vienes del cyber? —El silencio de la noche le había hecho hablar en susurros. El chico asintió, bostezando—. Ven, pasa. —Erik se echó sobre el sofá y se estiró, ronroneando—. ¿Has cenado?

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

